

CARTA A MI MADRE

“QUICO FIGUERUELA”

(España),..... a 6 de noviembre de 2023

Para:

Esperanza
Avenida Celestial S/N
00000 -EL CIELO-

Mi adorada MADRE:

Ya no recuerdo cuando fue la última vez que te escribí una carta ¡Te fuiste tan temprano! Acababas de cumplir setenta y cuatro años, pero aunque no estés físicamente a mi lado, te siento muy cercana y te sigo queriendo como siempre, además, sabes que de vez en cuando mantenemos agradables conversaciones.

Sé que estás en el mejor sitio que se puede desear, un edén de luz, paz y felicidad constante, pues, te he visto disfrutarlo a los cuatro meses de tu partida, cuando sufrí un derrame masivo a la semana después de una intervención quirúrgica; mientras me trasladaban al hospital, estuvimos un ratito juntos; sin pedírtelo, llegaste a mi lado con la amorosidad de una madre, sentada en un sillón de madera flotando por el éter, vestías la misma ropa con la que te había visto años atrás. Hablamos de muchas cosas y, entre ellas, me dijiste: “*No te vayas, quédate conmigo, que aquí se está muy bien*”.

-Cuando regresé, estuve un tiempo un poco enfadado contigo, creía que querías separarme de mi mujer y de mi hijo, hasta que una buena persona a la que se lo conté, me dijo: “*Piensa en el amor de una madre ¿No quiere la felicidad para su hijo? Ella está en esa plena felicidad y quiere que tú también la disfrutes*“. Fue suficiente para entenderlo todo y acercarme más a ti desde ese momento-.

Durante el diálogo, quisiste que conociera a San Pedro, que también llegó, -en otro sillón, “un poco más elegante y grande que el tuyo”, vestido con un hábito ¡Tan blanco y reluciente!, que es muy difícil describirlo, su larga y blanca barba igual que la cabellera y sandalias en los pies-. Me lo presentaste, dialogamos los tres en conversación distendida un buen rato, -aunque con el medidor terrestre fuera únicamente el tiempo que tarda un semáforo en abrirse-, finalmente le dije: “*San Pedro, he dejado esposa joven y un hijo pequeño que me necesitan, quiero regresar a su lado*“. Y, con una graciosa sonrisa un tanto burlona me contestó: “*Aún no ha acabado tu periplo en la tierra, enseguida te mandamos para abajo*“. En ese mismo instante, ambos se fueron alejando de la misma forma que habían llegado, y yo regresé al vehículo que me trasladaba al hospital.

Luego, durante mucho tiempo, en la sideral distancia nos seguimos relacionando en un estado místico de unión, yo te hablaba como si realmente estuvieras a mi lado, y dabas respuesta a todas mis inquietudes; aunque ahora ya no sea con la misma frecuencia, seguimos juntos en el filial amor de madre-hijo que perennemente hemos mantenido.

Desde siempre nuestra relación ha sido casi idílica ¡Recuerdo aquellos mis primeros años en el pueblo, algunos junto al abuelo, y otros, los dos solitos! Más de una vez te vi bajar las escaleras llorando cuando el abuelo se fue y veías

algún objeto o detalle que te lo recordaba, pero, en cuanto te dabas cuenta de mí presencia, se trocaba tu llanto en sonrisas, intentando no hacerme partícipe de tu pena, pena que se hacía más dolorosa por todo lo que se te acumulaba, (llevar adelante la casa, la faena del campo, cuidar de los animales..., otros problemas sobrevenidos por el ansia de acaparar de alguna persona), pero, supiste salir adelante, y aún con todo, tu principal desvelo siempre fue cuidar de tu pequeño niño.

Poco a poco la situación fue mejorando, la llegada de un hombre a la familia que, a todos los efectos sería mi padre a pesar de llevar el apellido de otro hombre; aún recuerdo el lugar exacto donde me dijiste: “Desde ahora deberías llamarle padre”, así lo hice y él lo ejerció hasta su último instante; luego, con la llegada de un hermano, poco a poco la vida se nos fue haciendo más dulce, pero, cuando ya habíamos levantado y aumentado la maltrecha hacienda, nos fuimos a la capital donde ya todo fue sobre ruedas.

El tiempo pasa, y las separaciones se hacen inevitables cuando los hijos volamos. Pero en los reencuentros, aún sigo saboreando los besos, abrazos y apretujones que nos dábamos cuando regresaba a casa tanto de soltero como de casado, ritual que se repetía en las despedidas, permaneciendo abrazados hasta que a ambos se nos humedecían los ojos.

Tu ternura y amor prendió en mí de tal manera, que no tengo palabras distintas a las de: “MUCHAS GRACIAS MADRE”, me enseñaste a mirar la vida cara a cara, me inculcaste ¡Tantos valores con tu ejemplo! Que me siento orgulloso de ti, y gracias a ello, he podido recorrer con solvencia el camino de la vida. Tú has sido una parte muy importante en todos mis logros, me has arropado y resguardado del mal. Todo el cariño y los millones de caricias, besos y abrazos que a pesar de la situación me dabas en mi niñez, tu paciencia infinita y la fuerza con que supiste salir adelante, han arraigado dentro de mí para hacerme una persona de bien.

Fiel reflejo de tu nombre “ESPERANZA”, hiciste que muchas pequeñas e insignificantes cosas, hayan sido el eslabón necesario para llegar a la meta con respeto y dignidad, pues, esas cositas, son el ingrediente necesario que llevan a una mejor convivencia, y, hacen que todo se transforme en alegría y felicidad; con ellas, debemos cambiar este mundo materialista en algo más humano y compasivo, como tú lo hiciste conmigo.

Antes de despedirme, quiero seguir dándote las gracias, siempre has sido y serás el ángel de la guarda que me ha guiado, y lo seguirás haciendo hasta el día que vuelva a ese paraíso que ya visité; lo hiciste cuando era pequeño, lo seguiste haciendo de mayor y, ahora que gozas de la presencia del Altísimo, de su luminosidad y felicidad perpetua que todo lo invade, me sigues entregando tu corazón lleno de amor, de fe y de esperanza enseñándome la senda del bien, a lo que quiero corresponder con un sonoro beso, un fuerte abrazo y un gran apretujón.

Con todo el amor y el cariño de tu hijo que siempre está contigo.

Quico.